



Preludio

Historias de personas y el agua

PAOLO Y MARIA

Paolo y Maria son una pareja de jubilados que hace 20 años invirtió sus ahorros en una parcela de tierra en Lunghezza, cerca de Roma, en un recodo del río Aniene. Era un lugar excelente para pescar, el pasatiempo favorito de Paolo. Diez años después de comprar la tierra, comenzaron a construir su casa. Cuando Paolo se jubiló de su empleo en Roma, la pareja se mudó a Lunghezza.

En noviembre de 1999 las lluvias torrenciales que hubo en los Apeninos produjeron algunas inundaciones menores en el valle del Aniene. A principios de diciembre fue necesario abrir la presa superior del Aniene para liberar agua de la cuenca hidroeléctrica de San Cosimato. El aumento repentino del escurrimiento produjo desbordamientos río abajo. Se inundaron miles de hectáreas de tierras agrícolas, incluida la propiedad de Paolo. Los servicios de emergencia fueron eficaces, de modo que no hubo víctimas, ni pérdida de ganado. Los seguros cubrieron los daños sufridos por las propiedades y el gobierno regional proporcionó subvenciones a los damnificados.

Sin embargo, desde la inundación de 1999 Paolo y Maria no se sienten seguros en casa. Paolo va con sus instrumentos de pesca al río, pero ya no hay peces en el Aniene, así que se pasa las horas contemplando el paso del agua, que lleva grandes masas de espuma y a veces una capa de grasa en la superficie. Paolo sabe que la contaminación viene de la zona industrial de Tívoli, a unos 6 kilómetros río arriba de su parcela. Las autoridades públicas de sanidad han advertido a los agricultores de Lunghezza que dejen de usar el agua del río para irrigar sus hortalizas y dar de beber a su ganado. Paolo posiblemente tendrá que mandar perforar un pozo para disponer de agua limpia para sus hortalizas y sus flores. Se trata de una obra costosa y no le parece justo tener que pagarla dado que el agua del Aniene está ahí mismo.

DON BELISARIO

La pequeña quebrada boscosa donde vive don Belisario con su familia contrasta mucho con el paisaje árido de las lomas que rodean el pueblo de Jocotán, en el oriente de Guatemala. Todas las mañanas don Belisario le da gracias a la Virgen de Ocopa por no haber talado él los árboles de su parcela, como hicieron sus vecinos. En un curso de agrosilvicultura que tomó, aprendió que los árboles impiden que se seque el arroyo de la quebrada. Esta agua es un activo esencial para el sustento de don Belisario; le permite regar los plantines de frutales injertados que vende a otros agricultores, y el vivero forestal del municipio que cuida. El agua del arroyo también es esencial para la industria artesanal de cerámica que tienen las mujeres de la familia.

Sin embargo, estas actividades no son suficientes para completar el presupuesto de la familia. En la temporada de lluvias, don Belisario tiene que alquilar 1,5 hectáreas de tierra de ladera para cultivar maíz y frijoles para consumo de la familia. En los últimos 20 años, la agricultura en ladera se ha vuelto difícil en Jocotán. El bajo rendimiento y las cosechas perdidas tienen muchas causas: la población ha superado la capacidad de carga de la agricultura de loma; las tierras de las familias se han reducido debido a la subdivisión que sufren para heredarse; y además ha aumentado la deforestación, lo que acelera el escurrimiento del agua. Además, debido al cambio climático cada vez es más difícil prever las lluvias. Los efectos de la degradación ambiental en los medios de vida son palpables en Jocotán: todos los años las malas cosechas o la poca producción empujan a cientos de familias campesinas a la pobreza y la inseguridad alimentaria.

Para contrarrestar los efectos de la sequía se está cultivando sorgo en vez de maíz. Algunos innovadores han adoptado nuevas tecnologías agrícolas recomendadas por los extensionistas. También se han introducido variedades de maíz y de frijoles de elevado rendimiento y resistentes a la sequía, cuyo cultivo requiere la aplicación de costosos fertilizantes y plaguicidas químicos. Hay parcelas de demostración de gestión mejorada del suelo, acopio de agua y plantaciones agroforestales, que, sin embargo, exigen mucha mano de obra. Como las familias no logran vivir exclusivamente de la agricultura, casi todos los hombres emigran por temporadas hacia las plantaciones de bananos y las grandes haciendas de la costa. Otros trabajan en las ciudades, a menudo con la intención de emigrar a México y a los Estados Unidos.

Hasta la fecha, el vivero de árboles ha ayudado a don Belisario, pero ¿por cuánto tiempo habrá todavía agua del arroyo para irrigar el vivero? En 2000, recuerda don Belisario, bastaban cinco minutos para llenar su regadera en la fuente principal; ahora se requieren 10 minutos. También recuerda que la fuente se secó durante varios días el año pasado, y perdió más de 200 plantines de mango. Desde entonces, todos los domingos don Belisario le ruega a los santos que no dejen secar su fuente.

CHAPAJI

Chapaji es el hombre más rico de Bhusunde Bazar, una aldea rural de las Colinas Centrales de Nepal. Es propietario de la tienda más grande y mejor surtida del pueblo, y el intermediario más importante del valle de Bhusunde Kholá. Sin embargo, Chapaji no puede olvidar que su riqueza y su poder proceden de las ocho hectáreas de terrazas de arrozales que heredó de su padre. Es una superficie grande en las Colinas Centrales, donde casi todas las familias tienen menos de una hectárea de tierra de regadío. Las terrazas de Chapaji están muy bien ubicadas, a suficiente altura para quedar protegidas de las inundaciones del río Bhusunde durante la temporada de lluvias, y lo suficientemente abajo para disponer siempre de riego de diversas fuentes, incluso en la temporada más seca. Estas tierras producen dos cosechas abundantes al año.

Al inicio, Chapaji prestaba sus excedentes de arroz a otras familias de las tierras altas que no tenían tierras de regadío, y no podían satisfacer sus necesidades con su propia producción agrícola. Hoy, la producción de arroz es una actividad secundaria para Chapaji, que tiene sus tierras en aparcería. Sin embargo, Chapaji tiene apego a sus parcelas y le preocupan mucho los problemas de mantenimiento que le comunican sus aparceros. Desde hace 10 años, el complejo sistema hidráulico que riega los arrozales y permite al agua correr suavemente, evitando que se estanque en las terrazas o se pierda, requiere cada vez más mantenimiento. Durante los aguaceros de la temporada de los monzones, un enorme volumen de agua pluvial con sedimentos y piedras cae en los delicados montículos de tierra y se lleva los diques de bambú y madera. Estas estructuras ligeras son muy eficaces para regular una corriente suave, pero no soportan el escurrimiento que baja de la montaña. Los aparceros se quejan de que la cosecha de la temporada de lluvias se echa a perder y del excesivo mantenimiento necesario. Han pedido a Chapaji que modifique las condiciones de sus contratos, y manifestado que abandonarían su actividad si él no tiene en cuenta sus peticiones.

Mientras trata de encontrar soluciones para dar gusto a sus arrendatarios sin perder demasiado de sus ganancias, Chapaji maldice a la población de las aldeas de la montaña que ha ido ampliando sus tierras agrícolas y de pastoreo invadiendo la zona forestal de protección que durante siglos protegió sus terrazas de los escurrimientos y los deslaves. Está furioso con las personas que viven en los asentamientos de tierra arriba, de los cuales considera que lo único que saben hacer es tener hijos a los que no pueden alimentar, y talar árboles sagrados para obtener leña y forrajés. Piensa que esas personas no entienden que los dioses crearon el bosque para proteger las propiedades y la vida de los que tienen un karma rico y próspero. Esas personas mezquinas no tienen derecho de interferir con este designio divino y sería necesario frenarlas. Chapaji decide visitar a sus amigos en la sede del distrito para ver qué se puede hacer.